

CITY SPIES

Este libro es una obra de ficción. Toda referencia a eventos históricos, personas o lugares reales se usa de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Diseño: Tiara Iandiorio

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *City Spies. Forbidden City*

Publicado por primera vez en los Estados Unidos por Aladdin, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division

© 2022, del texto, James Ponti

© 2023, de las ilustraciones, Yaoyao Ma Van As

© 2024, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

ISBN: 978-84-19834-41-6

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 11.666-2024

© de esta edición, 2024 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: agosto de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

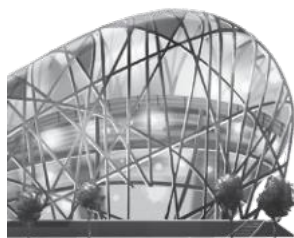
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

JAMES PONTI

CITY SPIES

LA CIUDAD PROHIBIDA



Traducción de
Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

A COURTNEY Y GRAYSON

5 DE MARZO DE 2022

**FELICIDADES POR HACER NUESTRA FAMILIA
MÁS GRANDE Y MEJOR. OS QUIERO MÁS DE LO
QUE LAS PALABRAS PUEDEN EXPRESAR.**

1

La calle de los multimillonarios

Estaba oscuro y, mientras París contemplaba el tráfico, vio su propio reflejo en la ventanilla. Su cara no tenía nada especial, ningún rasgo o característica en el que alguien fuese a fijarse o pudiera recordar. Había nacido en Ruanda, se había criado en París, vivía en Escocia y ahora estaba en Londres; y en cada uno de esos lugares había aprendido a camuflarse entre el paisaje y desaparecer. Esa era una cualidad importante porque él no era solo un colegial: también era un espía, y pasar desapercibido resultaba básico.

Pero, al contrario que los espías de las pelis, que se transportan en mochilas cohete y hasta en minisubmarinos o coches Aston Martin a prueba de balas y equipados con lanzamisiles, París se dirigía hacia su próxima misión en autobús, para ser exactos el 70, que iba a South Kensing-

ton. Ese es el problema con las misiones secretas cuando se es menor de edad: siempre tiene que llevarte otro.

—Esto es patético —dijo, volviéndose hacia Kat, que estaba sentada a su lado—. Totalmente patético.

—¿El qué? —preguntó ella.

París miró a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchara, se arrimó más a su amiga y susurró:

—Vamos a entrar sin permiso en una de las casas más caras de Londres para robar una obra de arte valiosísima, y nuestro vehículo de huida va a ser un bus rojo chillón de dos pisos que va a ocho kilómetros por hora.

Kat se rio, y eso frustró aún más a París.

—Para empezar, no vamos a robarla sino a devolverla —respondió también en voz baja—. ¿O ya te has olvidado de que llevas un pequeño tesoro escondido en la chaqueta? Y además, una vez esté de nuevo en su lugar, ¿para qué iba a molestarse nadie en perseguirnos? La lógica dicta que el vehículo que usemos para irnos es irrelevante.

Él asintió sin mucha emoción y reconoció:

—Vale, lo que dices tiene un cierto sentido.

—Pues claro que lo tiene. Tu problema es que crees que ser espía es como estar en una peli de acción.

—¿Y no lo es?

—No. Es como almorzar en el comedor del cole.

—¿Qué tiene que ver eso? —se extrañó París.

—Haces como si encajaras y ruegas que nadie se fije mucho en ti. Por no mencionar que es bastante posible que la comida te agujeree el estómago.

Él soltó una risita. Vio que se acercaban a Notting Hill Gate.

—¡Por fin! Esta es nuestra parada.

Se levantó, pero Kat se quedó sentada, impidiéndole el paso.

—No voy a moverme hasta que me lo ordenes —dijo, muy firme.

París era el alfa: él mandaba durante aquella misión de campo. También era quien tenía que decir la frase que la iniciara oficialmente: no solo porque debía hacerse así, sino también porque se había convertido en una especie de ritual de buena suerte.

—¿Aquí? ¿Quieres que lo diga dentro de esta cosa?

—No te metas con el autobús. A James Bond le dieron su título por uno como este.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando Ian Fleming escribió el primer libro vivía en Kent, así que tenía que coger cada día el bus para ir y volver de Londres.

—¿Y? —dijo París, que no veía qué tenía que ver eso.

—El que iba desde Kent hasta Victoria era el cero cero siete.

—No me vaciles.

—Es cierto. Y si el autobús fue lo bastante bueno para Ian y James, también lo es para ti y para mí.

—Bueno, visto así... —Sonrió, taimado, y añadió—: La operación está en marcha. ¡A por ello!

París y Kat eran parte de los City Spies, un equipo experimental de cinco agentes secretos de entre doce y quince años que el MI6 usaba para misiones en las que los adultos destacarían demasiado. En este caso, iban a infiltrarse en la fiesta de una londinense rica, Tabitha Banks, que cumplía dieciséis.

Al servicio secreto británico no le interesaba la chica, pero sí su padre. Reginald Banks era un multimillonario que a veces tenía negocios poco claros con personajes de los bajos fondos y espías extranjeros. Los ingleses necesitaban desesperadamente meter a algún agente en su casa, y aquella fiesta ofrecía una ocasión poco habitual para acceder a la mansión de alta seguridad de Kensington Palace Gardens, uno de los barrios más exclusivos del mundo.

—Probando comunicaciones, uno, dos, tres —dijo París mientras se alejaban de la parada del autobús—. ¿Me oís?

Usaba un aparato que parecía un auricular inalámbrico normal para escuchar música, pero que le permitía hablar con los otros miembros del equipo que seguían la misión desde un piso franco cercano.

—Roger. Te recibimos alto y claro —contestó Madre, el agente del MI6 a cargo del equipo.

—¿Y a mí? —preguntó Kat, probando su propio aparato.

—Perfecto. Todo está listo. Tenemos a Brooklyn al ordenador, y Sídney... —Hizo una pausa y se dirigió a ella— ¿Qué es lo que haces tú?

La chica lo miró como si la respuesta fuese obvia.

—Estoy aquí a mano por si acaso.

—Tenemos a Sídney a mano por si acaso —siguió Madre—. Aunque, más que estar a mano, no para de mover los pies —añadió. La chica no paraba de caminar en círculos, nerviosa.

—Tranquila, Sid —dijo París, muy seguro—. Lo tenemos todo controlado.

—No está nerviosa porque le preocupe la misión —intervino Brooklyn—, sino porque está celosa de no ser ella la encargada.

Eso hizo reír a todos, y Sídney ni se molestó en desmentirlo. Siempre quería ser la alfa, no le gustaba perderse la acción.

—Recordad que, si me necesitáis, estoy aquí, dispuesta y preparada.

—Es bueno saberlo —replicó París.

—Ya casi hemos llegado a la caseta de seguridad de la calle —dijo Kat—. ¿Alguna última perla de sabiduría?

—Sí —respondió Madre. Carraspeó e hizo una pausa dramática—. «Si la misión es complicada, aseguraos de que no pase nada».

Le gustaba usar rimas, a las que llamaban «madris-mos», para recordar al equipo los aspectos importantes del espionaje, aunque esta vez Kat y París no quedaron muy impresionados.

—¿En serio? —replicó ella.

—¿No se te ha ocurrido nada mejor? —añadió París.

—Bueno —se defendió Madre—, podría haber mencionado que, si os atrapan, no solo intervendrá la policía de la ciudad, sino también seguramente el primer ministro, el jefe del MI6, el ministro de Asuntos Exteriores, el embajador de Francia y el presidente de Nepal, pero no quería agobiaros... además de que sería muy difícil meter todo eso en una rima.

—Muy cierto —comentó París.

—Ah, y otra cosa, París —señaló Brooklyn.

—¿Qué?

—Intenta recordar que tu micro es muy sensible.

—Vale, lo recordaré, pero ¿por qué?

—Porque si gritas demasiado cuando los KB5 salgan a escena, vas a reventarnos los auriculares.

El comentario provocó más risas.

—Eres taaan graciosa —replicó París—. Créeme: si grito

es por terror musical. De hecho, llamar «música» a lo que hacen esos ofendería a cualquiera, desde Beethoven hasta los Beatles.

Los KB5 eran un grupo de cantantes adolescentes de lo más guapos, cuyos pósteres colgaban en habitaciones del mundo entero. A pesar de la opinión de París sobre sus dotes artísticas, siempre actuaban en estadios llenos a tope de fans que no paraban de gritar. Pero aquella noche iban a dar un concierto privado en la fiesta de Tabitha. Era una de las ventajas de tener a Reginald Banks de padre: no solo era uno de los hombres más ricos del Reino Unido, sino que él mismo había creado a los KB5 y era el dueño de la discográfica que producía sus álbumes.

—Pues a mí sí que me gusta su música. Si quieres que intercambiamos puestos, aún no es demasiado tarde —se ofreció Sídney.

—Lo haría encantado... si la embajada australiana estuviese en Kensington Palace Gardens.

Conocida como la «calle de los multimillonarios», allí vivían magnates de los negocios y miembros de la familia real. También había varias embajadas y las residencias de sus embajadores. Tenía menos de un kilómetro de longitud y estaba protegida en sus dos extremos por casetas con policías armados.

Y, por si algún transeúnte no captaba la indirecta, tam-

bién había carteles que decían: PROHIBIDO HACER FOTOGRAFÍAS.

Sir Reg, como lo llamaban en la prensa amarilla, no podía montar un concierto en el jardín sin la aprobación de sus vecinos, muy poderosos y extremadamente discretos, así que había tenido la brillante idea de invitar a toda la juventud que vivía en Kensington Palace Gardens; y, como ningún padre se hubiese atrevido a enfrentarse a la ira de sus hijos e hijas adolescentes si se anulaba la fiesta de la década, todos concedieron su permiso.

También se había invitado a los hijos de los trabajadores de las embajadas, y ahí fue donde el MI6 vio su ocasión. Por pura suerte, allí vivía el embajador de Francia y estaba la embajada de Nepal, que eran los países natales de París y Kat. Solo hubo que pedir que les devolvieran algunos favores, y los nombres de los chicos fueron añadidos a la lista de invitados.

Para París eso significaba cambiar una vez más de identidad; lo había hecho montones de veces durante los cinco años que llevaba en el MI6. Al acercarse a la caseta le dio a un interruptor mental, como si fuera un actor de teatro: ahora era Antoine Tremblay, de quince años, hijo del segundo secretario de Asuntos Culturales.

—¿De qué embajada? —le preguntó un guardia.

—De la francesa.

El hombre le indicó que pasara a una serie de mesas, cada una con la banderita de un país, donde se controlaba que no se colaran fans no autorizados. París sonrió al hombre trajeado de negro en su mesa.

—Invitación e identificación —le pidió él.

El chico le ofreció dos falsificaciones perfectas: una invitación de aspecto oficial con un holograma y un carné diplomático.

—*Bonsoir, Antoine* —le dijo el hombre para poner a prueba su francés—. *Ça va?*

—*Oui, ça va bien* —contestó con naturalidad.

—*Comment vous aimez KB5?*

Una de las claves de usar identidad falsa era no mentir sin necesidad: cuanto más sincero en los detalles, mayor apariencia general de sinceridad. Más que hacerse el emocionado, respondió:

—*Disons, j'aime beaucoup mieux le gâteau d'anniversaire* —respondió. O sea: «Digamos que prefiero las tartas de cumpleaños».

El hombre rio y le dio una pulsera de papel.

—Póngasela y no se la quite hasta que se vaya.

—*Merci beaucoup.*

En una mesa cercana, Kat respondió a preguntas similares en una mezcla de nepalí e inglés.

Al contrario que otros chicos, ellos dos se tomaron su

tiempo para entrar en la fiesta. En las misiones tenían que estudiar el entorno y tomar notas mentales de cámaras de seguridad, de que en este caso había una farola que no funcionaba, buscar escondites y rutas de escape. Y además alucinaron con las mansiones.

—Uau —exclamó París al llegar a la de sir Reg—. Es más grande de lo que creía. Las fotos no le hacen justicia.

—Casi hay que usar un GPS para no perderse —añadió Kat.

Habían estudiado desde planos hasta un vídeo de la BBC sobre las viviendas más lujosas de Londres. Aquella era de estilo renacentista, tenía tres plantas y treinta y ocho habitaciones, más piscina interior, sala de cine y gimnasio.

También estaba llena de piezas artísticas de museo: un Picasso en el vestíbulo, dos bocetos de Van Gogh en la sala, una estatua de Rodin en el jardín y un elaborado huevo Fabergé, conocido como la «Perla de Rusia», en el despacho de sir Reg.

O al menos eso era lo que él creía. En realidad era una falsificación que tenía un micro usado por el MI6 para escuchar sus reuniones. El huevo de verdad, que valía casi cinco millones de libras, estaba en un bolsillo secreto de la chaqueta de París.

La «Perla de Rusia» era uno de los cincuenta huevos

imperiales cubiertos de joyas que, durante tres décadas, dos zares fabricaron y regalaron por Pascua a su esposas y madres. La misión de París era sustituir uno por otro; era necesario porque sir Reg había anunciado que iba a prestarlo a un museo de Moscú, cuyos expertos sin duda hubiesen descubierto el truco.

—Ya estamos —anunció París a sus compañeros.

—¿Qué hay de los puntos de acceso? —preguntó Madre.

—La entrada principal está llena de empleados que guían al público. La puerta está abierta de par en par; el autobús de los KB5 impide cerrarla.

—¿Y el interior?

—Hay dos guardias en cada puerta —dijo Kat—. Por los bultos en sus chaquetas, diría que van armados.

—Si fuese uno solo, podrías crear una distracción. Olvidemos la planta baja; tendréis que entrar por la ruta alternativa.

París y Kat se fijaron en el tejado.

—Aquí hay alguien que va a hacer de Papá Noel. —Rio ella.

—Jo, jo, jo —respondió París, alzando una ceja.



Operación Santa Claus

La idea de usar la chimenea había sido de París.

Un mes antes estaban pensando en cómo entrar en el despacho cuando vieron un artículo sobre Reginald Banks. En una foto se veía la «Perla de Rusia» sobre un hogar de piedra.

—La chimenea es enorme. ¿Y si bajo por ella como Papá Noel?

—Ni hablar —contestó Madre, muy serio—. Son muy peligrosas. Demasiadas cosas pueden ir mal... y acabar peor. —Entonces sonrió—. Aunque me gusta lo de bajar desde el tejado.

Así nació la operación Santa Claus. En vez de la chimenea, decidieron usar la pista de aterrizaje para helicópteros del tejado, que también salía en el artículo; al lado había una puerta que daba al interior de la casa. Para no

disparar la alarma iban a tener que hackear el novísimo sistema de seguridad, cosa nada fácil. Para entrar en el despacho en sí, París tendría que convencer al control biométrico de que era Reginald Banks; y, para ello, necesitaría una copia de la huella dactilar de su pulgar.

—¿Dónde estás, Reg? —murmuró ahora, examinando a los invitados.

Eran unos doscientos. Un DJ mezclaba canciones en varios idiomas, y la cocina de fusión ofrecía tacos coreanos, pasta siberiana, barbacoa china y macarrones con queso tailandeses.

Ambas cosas seguían el lema de la fiesta: «Por todo el mundo», que también —y no por casualidad— iba a ser el título del próximo álbum de los KB5. Aunque nunca lo reconocería, en parte sir Reg había invitado a los hijos de los trabajadores de las embajadas para conseguir fotos que mostraran la fama del grupo. Su virtud era convertirlo todo en un negocio, hasta el cumpleaños de su hija.

—Ahí está.

Kat señaló a un hombre de pelo entre rubio y rojo con poblados bigote y barba. Llevaba vaqueros negros, camiseta y zapatillas de deporte de edición limitada, todo muy informal pero que le habría costado una fortuna. Saludaba y se hacía fotos con esa famosa sonrisa que aparecía en diarios y revistas.

—Parece más un bajista que un multimillonario —comentó París.

—De eso se trata —replicó Kat—. ¿Por qué no te haces un selfi con él?

—¡Genial! Si lo saca él, dejará su huella en el móvil.

—Posar con la persona a quien espías es mucho riesgo —intervino Madre. Los chicos rieron.

—Era broma. Conseguiré la huella sin que nadie se fije en mí.

—Eso no servirá de nada —dijo Brooklyn— si no consigo acceder al sistema de seguridad.

—Danos un segundo, acabamos de llegar —se picó Kat.

—Perdona. Es solo que necesito tiempo. Esto es complicado.

—Ya me lo imagino. Estoy en ello.

Brooklyn era una gran *hacker*, pero en una semana no había logrado nada. Según decía, «el *firewall* es alucinante, con una encriptación superparanoica». A ver si desde dentro lo conseguía; pero, para eso, tenía que engañar al equipo de los KB5 para que la ayudara.

—Estoy en posición para ver la mesa de mezclas —dijo Kat—. Está en medio del jardín, de cara al escenario. Me acerco y saco fotos.

—Gracias. Intenta que se vea la marca, a ver si consigo el manual en internet.

El aparato estaba lleno de botones y diales que controlaban la calidad y el volumen de los instrumentos y las voces. Estaba entre el público para que el técnico oyera cómo sonaba la música entre la multitud, y eso quería decir que quizá Kat pudiera acercarse lo bastante para colocar un minitransmisor que lo conectara con el ordenador de Brooklyn, con lo que podría acceder al wifi de la casa.

El técnico, de negro, estaba ocupado con los botones, y Kat pudo sacar tres fotos y reenviarlas.

—Recibidas —dijo Brooklyn—. La mesa es una Digico Quantum 7. —Enseguida encontró un esquema *online*—. Tiene un puerto USB a la izquierda.

—Genial. Ahora viene mi parte preferida —replicó Kat irónicamente.

Prefería las mates a hablar con la gente, sobre todo los desconocidos. Pero tenía que distraer al técnico para conectar el transmisor. Además, las dos primeras veces que intentó decirle algo fueron inútiles, gracias a los auriculares que llevaba él. Por fin decidió darle un toquecito en el hombro.

—¿Sí? —preguntó él, destapándose una oreja. Era la ocasión de Kat para mostrarse interesante, amena y encantadora.

—Hola. —Fue lo único que se le ocurrió, y casi en un susurro.

En el piso franco, Brooklyn y Sídney se miraron, preocupadas.

—Hola —contestó él. Estaba claro que no le hacía ilusión que lo interrumpieran—. Si quieres saber algo de los KB5, no puedo ayudarte. Parecen majos, pero casi ni los he visto.

—No, yo... —Soltó un suspiro, y entonces tuvo una inspiración—: ¿Te gusta la Quantum 7?

—¿Te interesan las mesas de mezclas?

—Más que los grupos de cantantes adolescentes.

—¿Y qué te gusta a ti de esta? —le preguntó el hombre, alzando una ceja.

—Hum...

Por el micro, Brooklyn le cantó:

—Un montón de pistas. Gran procesador.

—Tiene un montón de pistas. —Kat intentó hacer como si supiese de qué hablaba—. ¡Y vaya procesador!

—No solo eso —se entusiasmó él—. La claridad de las voces de cualquier rango es increíble.

Empezó a hablar sin parar del equipo. Kat asentía, y en cuanto él señaló algo a la derecha, conectó el transmisor al otro lado.

—¡Genial, Kat! —De inmediato Brooklyn quedó conectada al wifi y a todos los aparatos que lo usaban, incluido el sistema de seguridad—. Ya puedes largarte.

Kat escuchó un momento más al técnico, y por fin le dijo:

—Gracias. Mejor que vuelvas al trabajo.

Mientras Brooklyn tecleaba frenéticamente, París siguió discretamente a sir Reg, sin dejar de observarlo.

—Qué raro.

—¿El qué? —preguntó Madre.

—Ya van tres veces en que ha aceptado regalos para su hija.

—¿Qué tiene eso de raro? Es una fiesta de cumpleaños

—se extrañó Sídney.

—No puede cargar con ellos y dar la mano a la gente, así que se los pasa a su ayudante, que carga con ellos en vez de dejarlos en la mesa gigante que hay para eso.

Madre intentó imaginarse la escena.

—¿Los regalos se los han dado niños?

—No, adultos. Creo que son gente de las embajadas.

—Creía que solo habían invitado a los hijos...

—Sí, pero hay mesas de las embajadas junto a las de comida.

—¿De qué países? —preguntó Madre, cuya curiosidad iba en aumento.

—¿Que cuáles tienen mesas?

—No, que de cuáles le han dado regalos.

—Rusia... India... seguro. El otro era Arabia Saudí o

Rumanía. —Mientras hablaba, París vio que sir Reg le susurraba algo a la ayudante, que se llevó los paquetes—. Y en vez de dejarlos en la mesa, los ha metido en la casa.

—Si son regalos de las embajadas —pensó Madre en voz alta—, quizá no quieran abrirlos en público para que nadie vea el valor de los regalos de los demás.

—Por fin Reg se ha quedado quieto —informó París—. ¡A trabajar!

El hombre cogió una bebida y fue con Tabitha y otros a una mesa vip acordonada cerca del escenario. Para entrar se necesitaba una pulsera azul, no roja como la de París. Pero eso no era problema. Se metió en una de las seis cabinas repartidas por el lugar, en las que los invitados podían sacarse fotos con fondos como la torre Eiffel o el Golden Gate.

Era muy estrecha, pero París había ensayado dentro de un armario de la sede del grupo, la GRANJA. Se quitó la chaqueta y le dio la vuelta; el MI6 la había diseñado para que fuera idéntica a la del servicio de la fiesta. Era hora de interpretar a otro personaje. Cogió una bandeja vacía de una mesa e hizo como si recogiera copas vacías, sin dejar de observar la sección vip. En cuanto vio que sir Reg dejaba la suya, se hizo con ella.

—La tengo —dijo al micro—. Ha dejado una huella perfecta en el cristal.

—¿Y al final también te has hecho el selfi? —bromeó Sidney.

—No. Soy invisible. ¿Quién iba a fijarse en un camarero?

En parte tenía razón: había pasado desapercibido. Pero, de invisible, nada. No se había fijado en que las cabinas sacaban fotos automáticamente, inmortalizándolo mientras se cambiaba.

La cara salió muy oscura, pero seguía siendo una prueba de que había estado allí. La foto salió y se quedó en la bandejita de la cabina, esperando a que alguien sí se fijase en él.